



DON FRANCISCO CONVERTINI
Diez mil gestos de bondad
29 de agosto de 1898 - 11 de febrero de 1976

En el barrio de Papariello, en la Murgia de aquellas blancas construcciones cónicas de piedra con cúpula gris, típicas de la península salentina, llamadas en italiano trulli, y de las encinas, Francisco perdió a su padre Sante cuando solo tenía tres meses de vida, y vio morir a su madre Catalina cuando solo tenía once años. Era en 1909. Francisco había nacido en uno de aquellos trulli que poblaban la campiña alrededor de la parroquia de Locorotondo (Bari). Su madre, en aquella tierra quemada por la sequía y despoblada por la miseria, lo cuidaba con su delicado amor y lo llamaba Cicilluzzo. Tuvo tiempo para enseñarle los misterios del rosario (que será para siempre su catecismo) y para decirle muchas veces (mientras le encargaba los primeros trabajos): "¡Pon amor! ¡Pon amor!".

Cicilluzzo y su hermano Samuel (trece años) fueron llevados a la feria en la que se contrataban los muchachos-pastores. Tuvieron la fortuna de que su madre. Los trataron como a hijos, y ellos los llamaban "padre" y "madre" y todas las noches rezaban el rosario con ellos. Mas en aquella tierra de gante pobre, Francisco vio que también se empleaba el rosario para aprovecharse de los más pobres. Cuando a los quince años comenzó a trabajar como segador pagado al día, sabía que la puesta del sol señalaba el fin del trabajo. Pero el dueño, precisamente en aquel momento, mandaba comenzar el rosario, y lo rezaban largo tiempo hasta oscurecerse, cuando los segadores tenían que reaccionar con rabia: "¡Basta de hoz, basta de rosario!".

Tenía un gran deseo: aprender. En las noches de invierno iba a casa del viejo Erasmo, albañil, que por media lira a la semana enseñaba a leer, a escribir y a hacer cuentas escribiendo las cifras en las paredes, porque no había pizarra.

Prisionero en los lagos Masurianos.

En mayo de 1915 Italia entró en la primera guerra mundial. Francisco fue llamado a presentarse para el reclutamiento en enero de 1917, y en mayo entró en acción en el frente del Trentino, con el 124 regimiento "Chieti". Tenía dieciocho años y medio 1,56, dos centímetros más que el mínimo exigido. Parecían niños mandados al matadero, con aquellos capotes más largos que ellos. Las ametralladoras austriacas, cuando los soldados de infantería italianos salían de las trincheras para el ataque, hacían enormes estragos. Los huecos se cubrían cínicamente lanzando al fuego a otros jovencitos que nunca habían sabido lo que era Austria, y para quienes no se habían abierto ninguna escuela para enseñarles lo que es la patria. El 24 de octubre de 1917 los austriacos asestaron una violenta ofensiva. Rotas las líneas italianas en Caporetto, avanzaron en quince días hacia el Piave, capturando 300.000 prisioneros. Al lado de la marea de los soldados derrotados, caminaba la masa de los prófugos: viejos, mujeres, niños. Llevaban su pobre ajuar en carritos o al hombro. El soldado de infantería Francisco Convertini tomó parte en la batalla de Piave que en noviembre paró el avance austriaco. El 23 de diciembre estaba en línea de combate con su regimiento. En un infierno de fuego y gas, fue hecho prisionero con su sección. Después de un interminable y desastroso viaje a pie, lo internaron en un campo de concentración junto a los lagos Masurianos, en Polonia. Permaneció allí durante 11 meses, y padeció verdadera hambre, la que mata. Vio morir a muchos de sus compañeros. La guerra terminó el 4 de noviembre de 1918. Francisco, literalmente es esqueleto, fue devuelto a Italia el 15 de noviembre, y enseguida le atacó la meningitis, la enfermedad de los niños y de los soldados (en aquellos tiempos). En el hospital de Cúneo estuvo aislado y aun paso de la muerte. Pero salió. Apenas vuelto a su tierra, fue a pie al santuario de Alberobello. En

aquel 1918 tenía veinte años, y ya sabía que el mundo no acababa en los trulli. ¿Qué hacer en la vida? Su hermano Samuel, que también había estado en la guerra, decidió emigrar a América. Francisco, después de haberse arrodillado ante la tumba de su padre y de su madre, firmó por tres años en los carabineros. Fue a Trieste, a Pola, luego a Turín como asistente de un capitán. Y en Turín lo esperaba Don Bosco.

La expedición de los misioneros.

Muy devoto de la Virgen, apenas llegado a Turín fue al santuario de María Auxiliadora, y se acercó al primer confesor para pedir perdón de Dios. El que lo confesó fue don Ángel Amadeo, uno de los grandes biógrafos de Don Bosco. Quedó impresionado por la modestia y la fe de aquel muchachote en uniforme militar. Y Francisco volvió a confesarse con él, a hablarle, a escuchar de él, en el patio del Oratorio, la historia de Don Bosco y de sus obras, que ya estaban esparcidas por el mundo. El 23 de octubre de 1923, en el santuario de María Auxiliadora lleno e gente, Francisco vio el conmovedor adiós de los 11 misioneros salesianos que partían para la India. Don Ángel Amadeo, viéndolo muy impresionado, le lanzó esta pregunta: ¿Por qué tú no te haces misionero también?".

Francisco lo pensó. Sería una manera muy hermosa de emplear la vida. Había un colegio salesiano que preparaba para las misiones a jóvenes mayores como él, pobres de estudios, y ricos en buena voluntad: el "Cardenal Cagliero" de Ivrea. Francisco entró en él el 6 de diciembre de 1923. Afrontó los estudios con la misma voluntad tenaz con la que había cavado, segado e ido al asalto con la bayoneta. Y lo logró, con dificultad, pero lo logró. El boletín de las calificaciones del último año escolar (1926-1927), en la casilla "matemáticas" registra un cero en febrero, un seis en el examen final. El año terminó con la fiesta de los destinos. En la amplia sala de estudio ocupada por los compañeros, estando presente don Felipe Rinaldi, sucesor de Don Bosco (y hoy "beato"), nos distribuyeron aquellas hojitas con las que nos repartíamos el mundo -recordaba su compañero César del Groso-: tú a India, tú a Venezuela, tú a Patagonia, tú a China. Éramos 40 muchachotes vestidos hacía poco con la negra sotana y dispuestos a ir hasta al fin del mundo". Francisco Convertini oyó la palabra "India".

La lección del Fadar Bendra.

Francisco apenas tuvo el tiempo para ir a saludar a sus amigos y parientes de Papariello y Locorotondo. El 7 de diciembre de 1927 se embarcó con sus compañeros de misión en el barco Génova. El 26 desembarcaron a Bombay. Siguieron en tren hasta Calcuta. Fue a recibirlos monseñor Mathias, obispo de la misión salesiana. En tren costearon la vastísima llanura formada por la unión de los deltas del Ganges y del Brahmaputra, muy fértil, pero devastada por los huracanes, y sometida a un clima húmedo insoportable para los europeos. En la frontera de la llanura, una diligencia de asientos de madera los condujo a los 1.640 metros de Shillong, la capital del estado indio del Assam, centro de aquella misión salesiana.

Durante el noviciado (1928) y los estudios de filosofía (1929-1930) Francisco aprendió a ser misionero fijándose y acompañando a don Constantino Vendrame, "Fadar Bendra", como lo llamaba la gente. Era un gran caminante. Por la mañana, café y un pedazo de pan, mochila al hombro y adelante con paso constante de pueblo en pueblo. Entraba en las cabañas, se sentaba junto al hogar lleno de humo, jugueteaba con los niños, vivía la vida de la gente. Don Vendrame fue el libro mejor que Francisco Convertini estudió, aprendió e imitó durante toda su vida de misionero.

1935. Francisco es ordenado sacerdote el 29 de junio, a la edad de treinta y siete años. La obediencia le pide enseguida que deje el Assam y que vaya a la misión salesiana de Krishnagar.

Monseñor Ferrando, obispo de aquella misión, lo confió al párroco de Bhorpara, actualmente uno de los pueblos del Bangladesh, y allí comenzó su misión. Krishnagar era una diócesis muy pobre, con seis millones de habitantes, mitad musulmanes y mitad hindúes, esparcidos en 12.500 pueblos. Los católicos eran el uno por mil: un microscópico terrón en la inmensa llanura. Desde los primeros días se vio rodeado de un tropel de muchachos, que fueron sus maestros, muy contentos de enseñarle el bengalés. En los sermones, don Francisco decía pocas palabras, repetía las grandes verdades del Evangelio que no tienen necesidad de muchas palabras. Iba por las numerosísimas aldeas que están alrededor de Bhorpara. Caminaba descalzo, así se ahorraba los zapatos y con aquel dinero podía comparar algo de comer para la gente.

Increíblemente bueno con todos.

Don Francisco es bueno, por eso todos lo quieren como amigo. Las casas de los hindúes están severamente cerradas para los extraños. Pero los niños lo agarran por la sotana y lo meten dentro de sus casas. Y él les habla a todos, hindúes y musulmanes, de Jesús, de su amor a todos. Es venerado por todos como un gran "sadbu", monje que paz de Dios. Ayuna días y días mientras camina, porque aquella gente tiene tan poco para quitarse el hambre. Desde que saben que tiene "el agua de Jesús que salva", muchos viejecitos que esperan la muerte en silencio, se le pide que con mil subterfugios, para no ofender la religión oficial de su familia. Y don Francisco no riñe a ninguno, les invita a seguir rezando, a continuar siendo amigos. Duerme en cualquier cabaña, entre ratas, serpientes y escorpiones. Y también éstos le respetan. Cuentan que en los pantanos, mientras llevaba el viático a un moribundo, se encontró con un tigre al que lo dejó pasar, por que aquel hombre se estaba muriendo; y la fiera lo dejó pasar. Cuando el monzón maléfico destruyó puentes y empantanó cabañas y carretas, fue a recoger a la gente con la balsa, y la llevó sobre el techo de la iglesia, que es como una isla en un lago grande. Cuando la estación es hermosa y la campiña está floreciente, don Francisco hace la procesión de la Virgen entre los poblados: una procesión de diez Kilómetros, con un río de gente, cristianos, musulmanes, hindúes. Gritan y cantan a la Señora hermosa, madre de Jesús.

Ya que su corazón empezaba a flaquear debido al gran calor y a las grandes caminatas, los superiores lo mandaron a Italia dos veces, en 1952 y en 1974. pudo volver a abrazar a su hermano Samuel, que había vuelto de América, y dar la primera comunión a su sobrina Cristángela. Pero quedó espantado al ver que no se rezaba ya el rosario en las familias y que se tiraba mucho pan, mientras sus niños bengaleses se morían de hambre. Volvió a su Krishnagar con el corazón cada vez más cansado. Un especialista en cardiología que lo había visitado en Puglia, le había dicho crudamente la verdad: con un corazón en aquellas condiciones cada día de vida era un milagro. Continuó el milagro hasta el 11 de febrero de 1975. las últimas palabras que pudo decir fueron: ¡Madre mía, no te he disgustado nunca en mi vida...ahora, ayúdame!

La catedral que acogió sus restos mortales se llenó de cristianos, musulmanes, hindúes. Lloraban la pérdida de un amigo, de un hermano.